

helo territorial desmedido, vendría a ser un lugar común si no se abordara el aspecto propiamente tema del escrito: la resistencia a la invasión norteamericana. Las posiciones adoptadas por ambas Californias no son más que la respuesta lógica a sus antecedentes históricos, al sentimiento de mexicanidad desarrollado con una mayor fuerza en la California baja; ello, ligado íntimamente a sus orígenes, unido a la hermandad mantenida con puntos del otro lado de la costa del mar de Cortés. A lo largo del texto se va perfilando esta actitud y se convierte en la más sobresaliente conclusión: la diferencia entre unos y otros marcó de manera concluyente su proceder en un suceso que repercutió en el curso de la historia mexicana. La guerra con Estados Unidos tiene otras batallas libradas en otros puntos del país, los defensores de la integridad nacional encuentran en Baja California el escenario natural para lidiar combates. Conocer los documentos, descubrir a los protagonistas, reconocer los sentimientos, constituyen los aportes primordiales de esta obra.

En este texto se nos ofrece precisamente la historia de dos pueblos, la actuación de dos tipos de hombres, la respuesta a dos sentimientos. En fin, aquí encuentra cabida la historia nacional y la historia regional; una historia regional que, a fin de cuentas, se desdobra y descubre dos realidades distintas.

Laura Suárez de la Torre
INSTITUTO MORA

Fernando Escalante Gonzalbo, *Ciudadanos imaginarios. Memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana. Tratado de moral pública*. Centro de Estudios Sociológicos-El Colegio de México, México, 1992, 308 pp.

El libro de Fernando Escalante Gonzalbo es un estudio notable sobre la materialidad de los valores políticos en el México decimonónico. A partir de una reconsideración teórica del problema de la moralidad en el pensamiento clásico y moderno (Pascal, Weber, Durkheim, Bergson, Wittgenstein, entre otros), el autor ha podido tender un puente sobre una herida enorme: las paradojas y antinomias entre el ser y el deber ser que han caracterizado el discurso crítico y autocrítico de los políticos mexicanos del periodo independiente, y que han empapado, asimismo, la historiografía de tema mexicano.

Escalante Gonzalbo se propone estudiar "los valores que se manifiestan en las conductas, a partir del supuesto de que esos valores ayudan a explicar las conductas" (p. 22). Considera que, "en la vida cotidiana, los hombres actúan como si siguieran reglas", pues "saben cómo hacer las cosas, y ese saber incluye una experiencia práctica, una capacidad reflexiva y una orientación normativa" (p. 30). En fin, asume que "no hay ninguna distancia entre los hechos y los valores. La acción manifiesta usos, formas de vida que son, inmediatamente, pautas morales" (p. 31).

En esta perspectiva, el autor puede organizar el material historiográfico para intentar una explicación de la po-

lítica mexicana del siglo XIX. Y esto es así porque, al abordar esas pautas morales como una dimensión material de la vida social (pautas que son, de hecho, verdaderos *a priori* epocales), queda en posibilidad de reconstruir la “estructura” o, mejor dicho, el “orden” interno de una moralidad vigente, que no es otra cosa que el orden de la política realmente existente. El de Escalante Gonzalbo es un estudio, si parafraseamos a Michel Foucault, sobre las condiciones de posibilidad de la política mexicana, sobre su positividad.

Ciudadanos imaginarios recorre buena parte de los tópicos favoritos de la historiografía, sobre todo de aquella que se ha ocupado del proceso político: el ejército y la Iglesia; la corrupción, la usura y el contrabando; el orden rural fluctuante; los desfaes entre liberalismo, democracia y ciudadanía; las sorprendentes reacciones de los líderes políticos en las coyunturas más críticas imaginables. Escalante busca la racionalidad inmanente a esos comportamientos de individuos y, sobre todo, de entidades colectivas.

Un ejemplo: en la indisciplina proverbial de los militares o en la predisposición de los prestamistas a obtener el máximo beneficio en el menor tiempo posible, Escalante Gonzalbo encuentra no tanto una fatalidad idiosincrásica, sino el resultado lógico de un “orden” de cosas, de una moralidad específica. Encuentra, en otras palabras, la evidencia de un modelo político donde la eficacia y los prestigios de la autoridad se dispersan en múltiples enclaves personales e institucionales, que van del hacendado y la hacienda al general y sus regimientos; de las comuni-

dades agrarias y sus dirigencias naturales a la liquidez monetaria –siempre envidiable– de los comerciantes; de la autonomía de facto de los agentes aduanales a un sistema de reciprocidades políticas no formalizado, pero no por ello menos eficientes.

Ciudadanos imaginarios es un testimonio historiográfico de que eso que llamamos Estado no es una cosa, sino un proceso con actores específicos y visibles, lo que supone –si se me permite el anacronismo– una determinada correlación de fuerzas en el ámbito político nacional. Porque del texto de Fernando Escalante no puede desprenderse –sugiero– un veredicto sobre la inexistencia del Estado en la primera parte del siglo XIX. Lo que parece más pertinente señalar es que el Estado, en tanto que autoridad, encontraba su materialidad plena en instituciones y hombres *diversos*, no sujetos a las mismas prioridades de acción ni al mismo sistema de lealtades.

Todo lo cual no significa que este –y esta es una de las aportaciones de Escalante Gonzalbo– ante un ámbito de indeterminación, ante una realidad ininteligible: el orden en el desorden estaría dado –desde la perspectiva del historiador– por la identificación analítica de los *mecanismos* de apelación y movilización políticas; por la identificación de los códigos básicos de funcionamiento del sistema en su conjunto; por la reconstrucción de la sintaxis de un discurso que se repite, casi con independencia del talante ideológico del emisor.

El trabajo de Escalante Gonzalbo es una larga inquisición sobre el fracaso de la figura del ciudadano y de la di-

mención legal del Estado. En la medida en que no se trataba de saber tan sólo por qué los valores políticos vigentes permitían comportamientos ajenos al acatamiento de la ley, sino de qué sustancia y cómo estaban organizados los valores imperantes, en esa medida el trabajo de Escalante resulta apasionante y esclarecedor.

Quedan sin embargo dos problemas que, me parece, deben señalarse. Uno se refiere a la caracterización misma del Estado. Asumo que la intención explícita del trabajo no está directamente relacionada con una descripción y conceptualización del Estado mexicano en la posindependencia. La suya no es una historia del Estado, sino una historia de sus condiciones de posibilidad; la suya tampoco es una historia de la política, sino más bien de sus premisas socioculturales. No obstante, Escalante Gonzalbo presenta tal cantidad de indicios al respecto, que resulta prácticamente imposible obviar el asunto.

Veamos una sola de las posibilidades que se desprenden del trabajo de Fernando Escalante. En la medida en que ninguna facción política triunfó plenamente en México, quizá hasta el advenimiento del juarismo (p. 99), debemos inferir que el país vivió por décadas –interpreto– un equilibrio catastrófico entre las fuerzas políticas (Gramsci *dixit*). Esto no representa un desorden puro y llano, sino un escenario político específico. Y en el origen de este escenario político inestable se encuentra la gran anomalía que representó la consumación de la independencia mexicana, que ha sido analizada por Antonio Annino y que recupera Escalante Gonzalbo. La independencia fue, en mu-

chos sentidos, “la derrota de la lógica estatal moderna” (p. 98); esto es, la derrota de la centralización y unificación del discurso público por cuenta de una burocracia o una clase política, y el triunfo de las oligarquías locales vinculadas a la tierra, a la patria chica, a la lógica de la dispersión del poder.

La evidencia más notable de lo anterior es que, para todo efecto práctico, el Estado decimonónico estuvo atado, por décadas y sin mediaciones, a los intereses corporativos o de grupo de sus intermediarios –lo que no es idéntico a afirmar, insisto, la inexistencia plena del Estado. Ciertamente, México no conoció (quizá hasta la restauración de la república) una elite política nacional que haya definido con algún éxito su propio modelo de reproducción y legitimación; no conoció, tampoco, el hombre providencial, un dictador al estilo de Rosas en Argentina o Francia en Paraguay. Deduzco, entonces, que Santa Anna fue, apenas, una caricatura de lo que pretendió ser.

Todo el fenómeno anterior define a plenitud el potencial del conflicto político mexicano de la época. Por un lado, el empate de las fuerzas políticas mexicanas hacia de la disidencia (por vía, sobre todo, del pronunciamiento) un ejercicio razonablemente seguro: si se alcanzaba el éxito, se abrían las puertas de las instituciones de la república; si se fracasaba, la amnistía era inminente (pp. 129 y ss.). De otra parte, el equilibrio multiplicaba los actores y sus alianzas; como afirma Escalante,

los pueblos, los hacendados, los militares [esto es, los intermediarios] buscaban su espacio en alguna otra parte, en

un orden que mantuviera sus privilegios y que aumentara su capacidad para obrar. Hacían su política en contra del Estado en lo que éste tenía de orden cívico, liberal o democrático (p. 99)

-en lo que éste tenía, me parece, de emisor de un discurso hegemónico dirigido eficazmente a la figura del ciudadano.

Tengo la impresión de que Escalante Gonzalbo no sacó todas las consecuencias de estos hallazgos, de esas líneas argumentales que prefigura en su libro. Si tal vez no ha sido el primer historiador en dejar de lado el ídolo del desorden en el primer México republicano, las argumentaciones y evidencias empíricas de su trabajo empujan a una reflexión mucho más amplia sobre el problema del Estado, la cultura política y el poder en esos años. Un poco impresionado por la calidad, el tono y la contundencia de sus fuentes, Escalante Gonzalbo parece a veces tentado a dejarles la última palabra, y se resiste a emprender una explicación histórica amplia y razonable de por qué pasó lo que pasó; una explicación que, en rigor, le pertenece al propio Escalante.

Si el punto anterior no deja de ser, al menos en alguna medida, externo al texto de Escalante, la otra duda sí parece remitir al universo analítico y metódico de *Ciudadanos imaginarios*. ¿En qué medida el discurso civilista, liberal y democrático tuvo éxito en el México republicano? ¿Cuándo y cómo este discurso pasó a constituir también una parte fundamental del imaginario político nacional? Porque al lado de esa concepción y de esa práctica política que se basaba en las lealtades persona-

les, las soberanías corporativas, la preeminencia de lo local, la relativización del ámbito de la ley, que sin duda marcó a México después de 1821, uno tendría la impresión de que subsistió siempre una suerte de moralidad republicana.

El discurso civilista, liberal y democrático -sin equiparar innecesariamente los términos- tiene también su historia. Quizá no siempre estuvo subordinado a las otras formas de apelación política. Aun cuando tiene razón Escalante al subrayar que, sobre todo a partir de Daniel Cosío Villegas, se ha hecho un mito del "orden cívico" durante la república restaurada (pp. 292-293), y aun cuando algunos historiadores han encontrado que Juárez y Lerdo se valían lo mismo de la legalidad que de la ilegalidad, ello no prueba que el verdadero discurso de ambos personajes fuese *otro*, distinto al de su vocabulario liberal y republicano.

Muestra, sugiero en cambio, que aun cuando las acciones evidencian inmediatamente pautas morales, aun cuando no tenga caso escindir valores y hechos, aun cuando los hombres se comportan como si siguiesen reglas, aquéllos, los hombres, se mueven y actúan en ámbitos mínimos de libertad. En otras palabras, eligen a partir de valores, de apremios, de objetivos.

Y no se elige, valga la expresión, cuando no hay elección. Se elige en el marco de un conjunto de valores; pero estos valores pueden ser de distinto origen, y peor aún, irreconciliables entre sí: Juárez y Lerdo podían pensar que la división de poderes era un valor republicano y liberal; pero podían pensar también que la estabilidad y la obe-

diencia eran igualmente republicanas y liberales. Los actores no siempre pueden conciliar y sintetizar. Aun así, deciden. Remitir su opción a un solo valor básico y presuponer que los valores no evidenciados en acciones no existen o son enteramente prescindibles, resulta peligroso y tal vez injusto. Nos quedaríamos con actores sin desgarramientos, sin libertad.

Ariel Rodríguez Kuri

UAM-A